



MARCEL D'ISARD

Sissi

emecé

MARCEL D'ISARD

Sissi

emecé

CAPÍTULO I

Niñez en Baviera

A mediados del siglo XIX, la elegancia, el esplendor y el lujo dominaban los salones de la vieja Europa. Pero quizá el lugar donde más se concentraba esta grandeza era el Imperio austrohúngaro, en especial Austria, y más aún su capital: Viena, ciudad asentada en las mismas orillas del luminoso Danubio, nacido en la Selva Negra.

Era la época de los reinos de Sajonia y Prusia, de ducados como el de Brunswick, de los principados y las ciudades libres de Alemania, de Bohemia y Moravia, de Croacia y Bosnia dentro del Imperio austríaco. Un tiempo de reyes y emperatrices, de princesas y grandes duques, de condesas y mariscales, donde la etiqueta más estricta dirigía las costumbres de la alta sociedad.

En esos años, el duque Maximiliano vivía una vida tranquila en el palacio de Possenhofen, en la Alta Baviera, junto a su esposa, la duquesa Ludovica —hermana de la emperatriz Sofía de Austria— y sus ocho hijos.

En la Nochebuena de 1837 nació su tercera hija, una niña preciosa llamada Isabel, que con el tiempo se conver-

tiría en una joven encantadora y a quien todos los que la conocían adoraban, especialmente su padre.

En el palacio de Possenhofen, ubicado a unos treinta kilómetros de Múnich, Isabel y sus hermanos pasaron sus primeros años rodeados de naturaleza y libertad, lejos de las estrictas normas de la capital. Estaba a orillas del lago Starnberg, en una pradera tranquila, rodeada por los montes Wetterstein y Zugspitze, que tenían picos cubiertos de nieve casi todo el año.

El duque Maximiliano era un hombre sencillo y amable. Aunque pertenecía a la familia que gobernaba Baviera, no le gustaban las diferencias sociales y siempre abría las puertas de su palacio para recibir a quien quisiera visitarlo, incluso a la gente más humilde.

La esposa de Max, como lo llamaban todos, era la duquesa Ludovica, hermana del rey Luis I de Baviera. Como buena dama de sangre noble, se preocupaba por la educación de sus hijos y por enseñarles las normas sociales que ella misma había aprendido desde pequeña.

Sin embargo, la personalidad de Max, que a pesar de su título prefería pasar el tiempo cazando, pescando o escribiendo poesía, marcó mucho a sus hijos. Él los animaba a seguir su deseo y a disfrutar de la vida al aire libre. Solo Elena se preocupaba por seguir las normas sociales sin falta, y por eso, desde pequeña se ganó un lugar especial en el corazón de su madre.

Cada verano, la duquesa Ludovica solía viajar al extranjero con varios de sus hijos.

En 1848 visitó Austria junto a las princesas Elena e Isabel, y los príncipes Luis y Carlos Teodoro.

En Innsbruck, la duquesa Ludovica se encontró con su hermana Sofía, que estaba casada con el archiduque Francisco Carlos, heredero del trono del Imperio. Sofía había viajado con sus tres hijos: Francisco José, Maximiliano y Carlos Luis. En ese momento, Francisco José, el mayor, tenía dieciocho años.

Como la hija mayor de Ludovica, Elena, tenía solo trece, el archiduque apenas le prestó atención. Tampoco se fijó en Isabel, que tenía once. En realidad, Francisco estaba más concentrado en la política de su país: ese verano había estallado una revolución en Francia que había acabado con la monarquía de Luis Felipe.

En cambio, su hermano menor, Carlos Luis, sí mostró mucho interés por Isabel. Le regalaba ramos de flores y otros pequeños obsequios, y siempre buscaba estar a su lado. Isabel tenía un carácter alegre y espontáneo que llamaba la atención de todos en la corte, y Carlos Luis se encariñó con ella.

Cuando el viaje terminó y los dos tuvieron que separarse, mantuvieron viva su conexión a través de cartas y algunos regalos. Querían demostrar con ellos su intención de no separarse jamás. Pero como Carlos Luis tenía solo quince años e Isabel apenas once, el idilio no duró demasiado. Sus cartas se fueron distanciando, hasta que se interrumpieron por completo.

En el invierno de ese mismo año, Francisco José ocupó el trono austrohúngaro. Su padre, Francisco Carlos, que era

el legítimo heredero, había renunciado a sus derechos, así que poco después de haber compartido una temporada en Innsbruck con sus primas Elena e Isabel, se había convertido ahora en emperador.

Mientras tanto, en Baviera, la familia del gran duque Maximiliano vivía su vida en paz y sin preocupaciones. Los duques se querían de verdad, aunque tenían sus diferencias.

Lo que más los enfrentaba eran sus ideas sobre las normas sociales: Max era sencillo y espontáneo, y aunque no renegaba de su título, tampoco era muy aficionado a las etiquetas exageradas, de las cuales huía por completo en su casa. Eso a Ludovica no le hacía mucha gracia, sobre todo cuando notaba que los niños seguían el ejemplo de su padre. Como cualquier madre, la duquesa pensaba en el futuro de sus hijos.

—Por Dios, Max —exclamaba la duquesa durante algunas comidas—, si tú no usas los cubiertos para comer salchichas, ¿qué quieres que hagan los pequeños?

—Pues, simplemente, comer salchichas —contestaba Max con una amplia sonrisa.

—¡Eres terrible! —comentaba su esposa, mientras los pequeños, con una salchicha en cada mano, comían felices.

La infancia de los hijos de los duques de Baviera transcurría entre la sencillez y calidez de Maximiliano y la constante atención de la duquesa a las normas sociales. Pero a pesar de esas diferencias, eran muy unidos, y el ambiente en la casa no podía ser más armonioso. Todos disfrutaban de pasar tiempo juntos y compartir esos pequeños momentos

de la vida cotidiana que con el tiempo pasan a ser los mejores recuerdos de la vida en familia.

Con el correr de los años, la princesa Elena se fue convirtiendo en una joven elegante, buena y considerada, capaz de participar en toda clase de reuniones con el máximo refinamiento. Nené escuchaba con atención los sabios consejos de su madre y era un orgullo para Ludovica.

Isabel, en cambio, mostraba otro espíritu. Alegre, curiosa, con una energía contagiosa y un amor enorme por la naturaleza, era la preferida de su padre. Tenía un don para conseguir de él lo que quería, y sus hermanos lo sabían: cuando necesitaban algo, siempre le pedían a ella que intercediera ante Max.

En la región donde vivía, todos amaban a Isabel, y la llamaban con cariño Sissi, que era el apodo que le habían puesto en su casa.

Sissi era una joven hermosa, que montaba a caballo con destreza incomparable y acompañaba a su padre tanto en sus excursiones de caza por el bosque como en las tranquilas jornadas de pesca en el lago.

Sus ojos claros reflejaban todas las bellezas de la naturaleza: el azul del cielo y el verde de los valles. Su rostro, de líneas perfectas, estaba enmarcado por una larga cabellera color caoba, que realzaba su belleza tanto cuando caía suavemente sobre sus hombros como cuando flotaba al viento. Su aspecto risueño, unido a un carácter sincero, le ganaban la simpatía de todos los que la conocían. Además, al igual que su padre, siempre estaba dispuesta a entablar conversación,

y trataba con la misma atención y respeto tanto a la nobleza como a los criados.

Sissi también amaba a los animales y los cuidaba con dedicación. En el parque de Possenhofen tenía un ciervo que había rescatado. Mandó a construir un corral para él y lo alimentaba con mamadera. El ciervo solo quería comer con ella, y Sissi no dudaba en sentarse en el suelo para alimentarlo. También tenía muchos pájaros de distintas especies, conejos blancos, gallinas y un cordero. Eso, además de su amado caballo y sus tres perros, que la seguían adonde fuera.

Cuando cumplió dieciséis años, mostraba el mismo carácter alegre y espontáneo de su infancia. Seguía participando de excursiones de caza y pesca, y montando a caballo con libertad. Esto último preocupaba mucho a su madre, sobre todo cuando galopaba a toda velocidad por los prados y valles, haciendo saltar al caballo sobre arbustos, piedras, ramas y cualquier otro obstáculo que se interpusiera en su camino.

Sissi disfrutaba de esa libertad salvaje que también incluía nadar en el lago Starnberg. Seguía cuidando a sus animales con esmero, a pesar de que, algunas veces, eso significaba dejar de lado otras obligaciones, como sentarse a la mesa a la hora exacta (algo que casi nunca lograba).

En resumen, a la princesa no le parecía nada raro que sus hermanitos comieran las salchichas como lo hacían, porque, cuando quería, ella también lo hacía así.

El conde Maximiliano estaba encantado con su hija y jamás le hacía el menor reproche. Al contrario, la elogiaba sin

cesar, especialmente cuando Sissi demostraba su habilidad sobre el caballo.

—Muy bien, hija mía —le dijo un día el duque cuando la vio desmontar con destreza—. Estoy orgulloso de ti. Eres una amazona excepcional, y eso me alegra muchísimo.

—Gracias, papá, eres muy bueno —respondió Sissi, dándole un beso en la mejilla.

—¿Qué te parece si mañana organizamos una partida de caza?

Sissi levantó la mirada y lo observó con gesto dubitativo. El duque, que sabía del amor que sentía su hija por los animales, se apresuró a aclarar:

—Te prometo no disparar a ningún ejemplar joven —aseguró el duque—, pero quiero que me acompañes en esta cacería. Iremos tú y yo solos, como tanto te gusta. ¿Qué dices?

Sissi sonrió y exclamó:

—¡De acuerdo! Pero no puedo prometer que los animales no se asusten por mi presencia.

Y después de decir esto, tomó a su padre de la mano y comenzó a hacerlo girar mientras corría a su alrededor, dibujando círculos en el suelo.

Ambos comenzaron a reír y atravesaron juntos el parque hasta llegar a la casa.

—¿Dónde están los niños? —preguntó el duque a su esposa al entrar. La duquesa estaba sentada junto a Nené y ambas se concentraban en sus bordados.

Al escuchar las palabras de su marido, Ludovica alzó la mirada con sorpresa.

—¿No estabas pescando con ellos en el lago?

Max, adivinando la preocupación en los ojos de su esposa, sonrió como de costumbre.

—No te preocupes, querida. Seguro están en el muelle. Además, todos son excelentes nadadores.

La duquesa sonrió también y retomó su labor.

—Vamos, Sissi —dijo entonces el duque.

—¡Vamos! —respondió ella, adelantándose y corriendo hacia la orilla del lago.

Allí estaban sus hermanos, sosteniendo todos juntos la misma caña de pescar, forcejeando con un enorme pez que había mordido el anzuelo.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaron al unísono—. ¡Mira qué pez tan grande!

—A ver, déjenme ver —dijo el duque, tomando la caña—. ¡Pues sí que es grande! No será fácil sacarlo del agua. Acércate, Max, y sujétala de este lado. Tú, Carlos, encárgate del carrete.

Los dos niños, emocionados con la pesca, no necesitaron escucharlo dos veces. Se apresuraron a ayudar a su padre, que estaba en la punta misma del muelle. Pero en su apuro tuvieron la mala suerte de caer al agua. Las carcajadas de sus hermanas retumbaron en el aire, mientras que Sissi soltó un grito de preocupación.

Por suerte, el incidente no fue grave: solo implicó un buen remojón y la pérdida del pez, que logró escapar lejos de allí.

Cuando por fin regresaron a casa, la duquesa no se mostró muy contenta con la nueva travesura de sus hijos,

pero media hora después, la familia ya estaba reunida alrededor de una gran mesa disfrutando con tranquilidad del almuerzo.

Como de costumbre, Ludovica les recordó a sus hijos las normas de etiqueta que debían seguir. Sin embargo, solo Elena parecía tomar en serio las palabras de su madre. Los demás, aunque eran educados, insistían en no darle demasiada importancia a esas formalidades. Para ellos, la solemnidad con que los criados servían la comida era por completo innecesaria. E incluso, más de una vez, los sirvientes intercambiaban miradas cómplices con el duque Max cuando su esposa sacaba una interminable batería de cubiertos solo para comer una simple trucha al horno, mientras que él y sus hijos la devoraban sin tanto protocolo.

La duquesa Ludovica no era en realidad frívola ni superficial. Pero, como hermana de la emperatriz Sofía, se limitaba a seguir las normas de su estatus social.

La familia estaba por terminar de comer cuando uno de los criados anunció:

—El señor Petzmacher acaba de llegar.

—Que pase —indicó el duque Max, mientras acercaba una silla junto a la suya.

—Por favor —intervino la duquesa—, ¿cómo se te ocurre hacer pasar a un tabernero al comedor?

—¡Bah! Johann es un buen amigo —respondió el duque despreocupado.

La duquesa movió la cabeza en señal de resignación.

Pocos momentos después, apareció en el umbral Johann Petzmacher, un hombre de unos treinta y cinco años, alegre y risueño, que de inmediato estrechó la mano del duque.

—Buenos días, duquesa —saludó con una leve inclinación de cabeza.

Ludovica respondió con cortesía.

—Siéntate, Johann, y dime qué te trae por aquí —dijo Max, señalando la silla a su lado.

El recién llegado tomó asiento de inmediato.

—Bueno, no es nada en particular —respondió Petzmacher—. Pasaba cerca y pensé que lo mejor que podía hacer era entrar a saludar a los señores duques.

—¡Bien hecho! —exclamó Max, dándole una palmada en el hombro.

Se hizo un breve silencio, durante el cual la duquesa levantó varias veces la mirada, como preguntándose qué estaba ocurriendo. Por fin, Johann rompió el silencio:

—Ahora podremos recibir noticias de Viena mucho más rápido.

—¿Cómo es eso? —preguntó Max, intrigado.

—Han instalado un invento asombroso, creado por un sabio llamado Morse.

—¿De qué invento hablas?

—Del... tefónagro... No, no, ese no es el nombre... El telin... No, tampoco...

El duque estalló en una carcajada mientras su esposa, pese a sí misma, sonreía. Johann, avergonzado, se ruborizó.

—¡Demonios! —tartamudeó el visitante—. No logro

recordar la palabra con la que han bautizado el invento. Pero lo explicaré para que me entiendan.

El duque adoptó una postura expectante, mientras su esposa miraba con interés a Petzmacher.

—Este invento —continuó Johann— sirve para enviar mensajes a grandes distancias sin necesidad de mensajeros. En una ciudad, un hombre se sienta frente a un aparatito sobre una mesa, debajo de la cual hay un montón de frascos e hilos. Con la mano derecha golpea una especie de palanca, que hace ti, tit, ti, ta, tat, ti, tit... Esa musiquita viaja por los hilos hasta otra ciudad, donde otro hombre la recibe. Como ambos saben lo que significa el ti, tat, se entienden perfectamente. Muy fácil, ¿verdad?

Los presentes rieron de buena gana ante la detallada explicación de Petzmacher, que compartía su noticia con visible entusiasmo. Su sorpresa fue grande cuando el duque exclamó con una sonrisa:

—¡Ah! Ya entiendo..., te refieres al telégrafo.

—¡Sí, sí, eso! El teguífono... Digo, tenógrafo... Bueno, lo que ha dicho Su Excelencia. El caso es que es algo prodigioso, y como mencioné antes, les permitirá recibir noticias de su familia en Viena con gran rapidez, en especial de Sofi.

—¿De quién?... —interrogó la duquesa Ludovica, recorriendo con la mirada a Petzmacher antes de clavarla en su esposo.

—Johann —aclaró Max con paciencia— se refiere a tu hermana Sofía, la gran duquesa, la emperatriz.

—Perdón, Excelencia —balbuceó el visitante, inclinando la cabeza.

Max, sin darle importancia al desliz, retomó la conversación con entusiasmo:

—Tienes razón, Johann, será una gran ventaja conocer las decisiones de mi cuñada Sofi cuando...

—¡Max! Por favor... —lo interrumpió la duquesa, con un dejo de resignación.

Petzmacher intentó arreglar la situación:

—Desde luego, Su Excelencia, la emperatriz, que Dios guarde muchos años, podrá comunicarse con la familia mediante este maravilloso invento. No hay duda de que Sofi...

El duque rompió en carcajadas antes de que el tabernero pudiera terminar la frase. La duquesa, al ver la expresión ruborizada de Petzmacher, optó por no insistir más.

—¡Vaya, vaya! —comentó Max, aún divertido—. Gran idea la de ese caballero Morse con su telégrafo. Muy interesante esto de comunicarse a golpes y diciendo ti, tit, ti, tat. No parece tan difícil. A ver...

Justo en ese momento, su criado de confianza cruzó la estancia. Max le hizo una seña sin que Petzmacher lo notara y continuó:

—A lo mejor Antón entiende mi mensaje telegráfico. Probemos.

El criado esbozó una sonrisa y aguardó. Max, con los nudillos, dio unos golpecitos sobre la mesa mientras decía:

—Ti, tit, ta, tat, ti, ti, tit. ¿Comprendido?

—Sí, Excelencia —respondió Antón con solemnidad.

Petzmacher lo miró, perplejo, sin entender qué había transmitido el duque. Su duda no duró mucho: al poco rato, el criado regresó con una bandeja de plata, dos copas de fino cristal y una botella de vino.

La duquesa, divertida por la ocurrencia de su esposo, se retiró a sus habitaciones, mientras los dos hombres, con las copas en alto, brindaban por Baviera y el futuro.